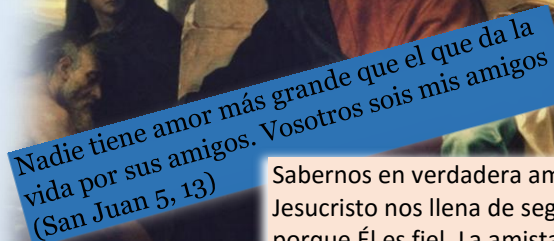


El amor de amistad: *La amistad no es una relación fugaz o pasajera, sino estable, firme, fiel, que madura con el paso del tiempo. Es una relación de afecto que nos hace sentir unidos, y al mismo tiempo es un amor generoso, que nos lleva a buscar el bien del amigo (Papa Francisco)*



Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos (San Juan 5, 13)

Sabernos en verdadera amistad con Jesucristo nos llena de seguridad, porque Él es fiel. La amistad con Jesús es inquebrantable. Él nunca se va. Cuando lo necesitamos se deja encontrar por nosotros y está a nuestro lado por donde vayamos. (Monseñor Fernando Ocariz. Prelado del Opus Dei)

La amistad como regalo

Dedicamos esfuerzo a hacer amigos. Y el esfuerzo es necesario porque las cosas no salen solas. Sin embargo, la amistad no se puede forzar. Por eso también puede decirse que la amistad surge siempre como un regalo, como un don que se recibe. En un momento dado, aparece entre dos personas un deseo de compartir, de comunicarse, de contar

lo que se lleva dentro y de contrastarlo, de ser conocido muy a fondo. Es como ver nacer un día radiante. Los amigos hacen cobrar sentido a nuestras vivencias: éstas no van a ser sólo para nosotros. Las cosas son distintas porque las vivimos pensando en compartirlas, en transmitir las, en discutir las, en compararlas. **De nuestros amigos nos interesa todo: lo que piensan, lo que hacen, cómo viven las cosas.** Lo importante no es sólo lo que cuentan ni lo que les pasa; **lo importante es que eso "es tuyo", "eres tú".**

Mirar a las personas

Para tener amigos hay que saber mirar. Mirar es ver con atención, es contemplar, es concentrar nuestro ser entero en los ojos deseando captar lo que hay frente a ellos. Mirar presupone una vista limpia, sin prejuicios ni cargas anteriores, para captar lo que hay y no lo que yo he puesto o quiero poner. Mirar no es ver lo que yo quiero ver sino percibir cómo son las cosas o las personas en sí. Y además de limpieza interior, la mirada requiere también aceptación, renuncia a dominar. Cuando miramos tal y como son. Esto es especialmente importante con las personas. A las personas hay que dejarlas ser, hay que aceptarlas como son.

Habría siempre en el amigo una zona de acceso prohibido o de "reservado" que es necesario respetar, no invadir.

Para mirar de verdad hay que aprender a hacerlo. Los hay que conocen ese arte de modo natural o han sido educados en él. Pero también puede aprenderse. Para mirar hay que pararse, parar la rueda de la actividad exterior y parar también nuestro ruido interior (qué tengo que hacer luego, cómo resolveré el plan deportivo, qué ropa necesito, a ver si consigo preparar bien ese examen...) Para mirar hay que perder el miedo a "pasar tiempo" sin haber sido "eficaces".

Todos hemos conocido personas que provocan que los que están a su lado den lo mejor de sí mismos. Son personas que logran que los demás quieran —parafraseando a Salinas— "sacar de sí su mejor yo". Es así porque son personas que saben mirar y que por eso han sabido encontrar la llave interior de las personas. Esa llave de la confianza que uno entrega sólo cuando va a saberse visto, aceptado y querido por sí mismo.

"Es parentesco sin sangre una amistad verdadera"

Pedro Calderón de la Barca

Querer a los demás supone reconocerlos y afirmarlos tal como son, con sus problemas, sus defectos, su historia personal, su entorno y sus tiempos para acercarse a Jesús. Por eso, para construir una verdadera amistad, es preciso que desarrollemos la capacidad de mirar con afecto a las demás personas, hasta verlas con los ojos de Cristo. Necesitamos limpiar nuestra mirada de cualquier prejuicio, aprender a descubrir lo bueno en cada persona y renunciar al deseo de hacerlas a nuestra imagen. Para que un amigo reciba nuestro cariño no necesitamos ciertas condiciones. Como cristianos, vemos cada persona, ante todo, como criatura amada por Dios. San Agustín señalaba que, "a pesar de que a todos se debe la misma caridad, no a todos se ha de ofrecer la misma medicina: la misma caridad da a unos luz y con otros sufre (...), con unos se muestra tierna y con otros severa, de nadie es enemiga y de todos es madre". Ser amigos significa aprender a tratar a cada persona como lo hace el Señor. (Monseñor Ocariz, Prelado del Opus Dei)

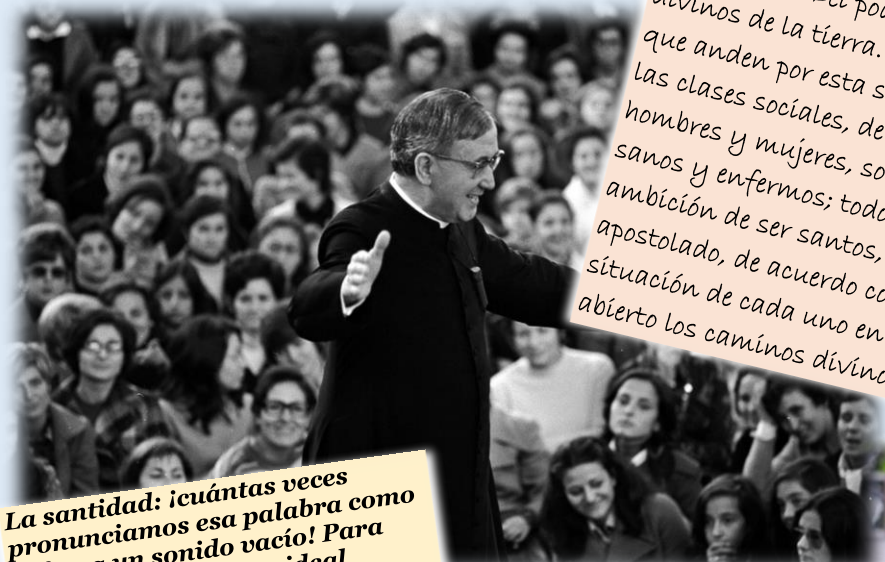


CELEBRACIÓN DEL 14 DE FEBRERO



"Fue el 2 de octubre del veintiocho, fiesta de los Santos Ángeles Custodios, cuando el Señor quiso que comenzáramos a trabajar. El 14 de febrero del treinta completó la Sección femenina esta gran movilización universal de cristianos para la paz, para el bienestar, para la comprensión, para la fraternidad"

El 14 de febrero de 1930 san Josemaría comprendió que también Dios llamaba a pertenecer al Opus Dei a mujeres de todo el mundo, para santificarse en la vida ordinaria.



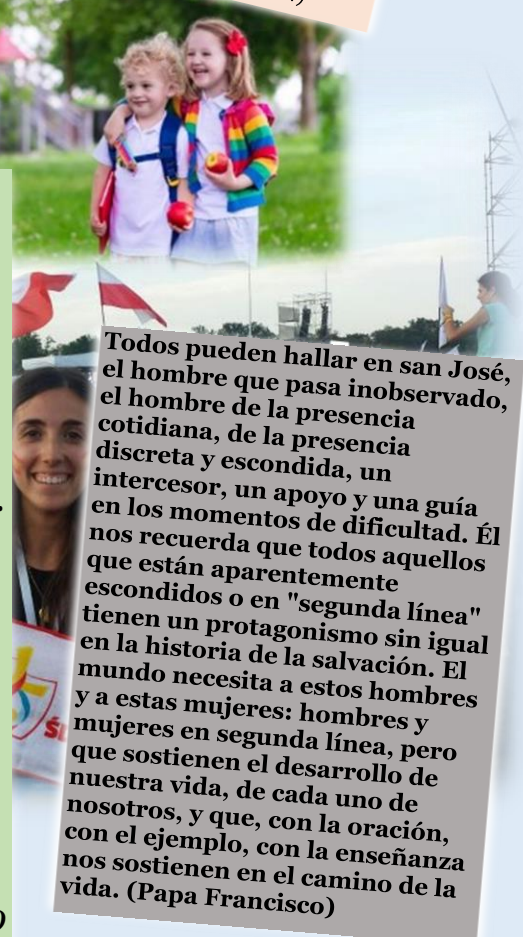
Con el Opus Dei podemos decir que se han abierto los caminos divinos de la tierra. Él, Jesús, es tan bueno, que ha permitido que anden por esta senda ancha de la Obra personas de todas las clases sociales, de todas las edades y condiciones: hombres y mujeres, solteros y casados, seglares y sacerdotes, sanos y enfermos; todos con la misma vocación, con idéntica ambición de ser santos, con el mismo deber de hacer apostolado, de acuerdo con las exigencias del estado y situación de cada uno en el mundo. Iverdaderamente se han abierto los caminos divinos de la tierra! (San Josemaría)

La santidad: ¡cuántas veces pronunciamos esa palabra como si fuera un sonido vacío! Para muchos es incluso un ideal inasequible, un tópico de la ascética, pero no un fin concreto, una realidad viva. No pensaban de este modo los primeros cristianos, que usaban el nombre de santos para llamarse entre sí, con toda naturalidad y con gran frecuencia: os saludan todos los santos, salud a todo santo en Cristo Jesús.

Ser santos es vivir tal y como nuestro Padre del cielo ha dispuesto que vivamos. Me diréis que es difícil. Sí, el ideal es muy alto. Pero a la vez es fácil: está al alcance de la mano. Cuando una persona se pone enferma, ocurre en ocasiones que no se logra encontrar la medicina. En lo sobrenatural, no sucede así. La medicina está siempre cerca: es Cristo Jesús, presente en la Sagrada Eucaristía, que nos da además su gracia en los otros Sacramentos que instituyó. (San Josemaría)

«Alegraos y regocijaos», dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa. El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada.

Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad» (Papa Francisco)



Todos pueden hallar en san José, el hombre que pasa inobservado, el hombre de la presencia cotidiana, de la presencia discreta y escondida, un intercesor, un apoyo y una guía en los momentos de dificultad. Él nos recuerda que todos aquellos que están aparentemente escondidos o en "segunda línea" tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación. El mundo necesita a estos hombres y a estas mujeres: hombres y mujeres en segunda línea, pero que sostienen el desarrollo de nuestra vida, de cada uno de nosotros, y que, con la oración, con el ejemplo, con la enseñanza nos sostienen en el camino de la vida. (Papa Francisco)